Te alejaste de mí

Rodrigo Abad

Capítulo 1

TE ALEJASTE

DE MÍ

Rotine Drifango

Obra editada por Editorial Writeway

Copyright © 2014, RotineDrifango

Todos los derechos reservados.

© 2015, Editorial Writeway

http://www.wattpad.com/user/WritewayEditorial

Primera edición digital: Enero del 2015

© SafeCreative: 1502113231801

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

Cualquier reproducción parcial o total de esta obra sin autorización de RotineDrifango se considera plagio y será sancionado por los derechos de autor.

"Todo comienza una tarde, cuando Molly, una mujer casada de unos treinta y cuatro años llega a su casa en Petterguiew después de un funeral agotador..."

Ambientado en la Inglaterra del siglo XXI, este relato tiene drama, algo de humor y sobre todo el toque ideal de realidad moderna. Es considerado un relato para adultos, no por ser erótico, sino porque considero que una mente adulta, le encontraría más sentido y se podría "identificar" con la protagonista.

Este relato forma parte de *"La Antología del Bosque"*.

Molly entró por dirección prohibida, aparcó su *Megane* frente a la acera y caminó hasta la puerta para entrar en su casa. El funeral la había dejado agotada. El señor Samuels, víctima de un infarto agudo de miocardio, les había abandonado a las seis de la tarde del día anterior como cuando el sol se escondía tras las montañas de Petterguiew. Se bajó de aquellos altos tacones negros y fue a prepararse un café a la cocina; no tenía azúcar, así que los duros tragos de amargura descendieron por su garganta como un beso sin amor. Ella tenía presente esta situación metafórica en su vida diaria; una mujer independiente de treinta y cuatro años y con una carrera se habría separado de aquel mamarracho hace ya siglos, pero por el bien de sus tres hijos, tragaba y aguantaba los amargos sorbos.

Era alta, con gafas grandes y redondas, llevaba las uñas cortas y mal pintadas, unas facciones muy agraciadas que se escondían al estar plana como una tabla; solía usar alguna pulsera de bisutería. Siempre iba arreglada y bien peinada. Hace doce años había terminado su carrera en protocolo y ahora dedicaba su vida a bodas, comuniones, funerales… Ella y su marido tenían tres hijos, entre las edades de ocho años y cinco años. Conoció a su esposo en una discoteca en su último año de universidad y desde entonces llevaban juntos. El único problema era que su marido, como trabajador de una oficina, al salir del trabajo se pillaba unas cogorzas terribles y luego se iba de putas.

Molly trabajaba desde las siete de la mañana hasta las dos de la tarde, con lo cual, pasaba la mayoría del tiempo con sus hijos, iban de picnic, salían a pasear, a jugar al parque… Después de cenar los acostaba y salía con sus amigas a tomar algo a un bar muy cercano. Aquel negocionocturno conocido como "*Destroyer"* llevaba dos años abierto, y cerraba a las tres de la madrugada (Molly sólo aguantaba hasta la una). Después llegaba a casa y se acostaba sola en la cama de matrimonio que sólo tenía su olor. Alrededor de las cuatro y media, solía llegar su cónyuge. Él siempre iba al baño (pues la cisterna resonaba en el pasillo), se fumaba un cigarrillo en el balcón y se sentaba en la repisa, nunca con la suficiente voluntad para tirarse.Después de ducharse con agua tibia, se acostaba.

Molly había caído en la rutina, ya solo podía soñar, añorar unas navidades en Bristol junto a sus padres, hermanos e hijos. Después de aquel café, calentó la comida preparada y, como de costumbre, comenzó a fregar el

piso de toda la casa.

Antoine dejó con firmeza en la barra el cubata y con el revés de la mano izquierda se secó los labios. Se levantó de la butaca tambaleándose a cada paso y mientras caminaba tiró a su espalda un billete de diez libras, serían las tres de la mañana. Metió la llave en el coche que hizo contacto y tomó la tercera salida hacia Petterguiew. Regresaba de Londres, del club alterne al cuál iba después de trabajar, con aquella prostituta llamada Monique. Trabajaba en la ciudad, en una agencia de viajes que estaba en decadencia por los numerosos programas de búsqueda rápida como Kayak o Trivago, que gratuitamente ofrecían servicios y buscaban mejores ofertas. Sus párpados arrugados caían sobre sus ojos enrojecidos mientras hacía zigzag; por suerte, la policía no lo había pillado hoy. El año pasado le cascaron una multa de trescientas libras por ir en el carril contrario

Llegó a su casa, comprobando con la mirada si el Megane de su mujer estuviese allí, se bajó del coche y entró a la casa sin hacer ruido. Fue al baño, se duchó y se cambió por ropa limpia. Eran las cinco de la madrugada cuando se encontraba fumando en la repisa del balcón, bajándose de este rumbo a su cuarto, para arrugar la parte de la cama que le correspondía, la cual compartía con su mujer. Se dirigió por el pasillo que conecta a la cocina, donde se preparó un café, y a la vez tomando un croissant partido a la mitad extendiendo las migas por un lado de la mesa. Tomó del mueble 30 libras para la gasolina del auto. Pasando por los jarrones de la entrada principal, sacó un bote de anfetaminas, del cual tomaba dos pastillas, tragándoselas. Cogió su gabardina y salió por donde había entrado horas atrás. Con una revista que guardaba en la guantera del coche, se masturbó con rapidez satisfactoria. Salió de nuevo hacia Londres, aparcando en Borough Street.Anduvo hasta llegar al puente del Milenio, donde encendió un nuevo cigarrillo, para sentarse en la repisa como había hecho en el balcón durante tres años, ¿tendría el suficiente valor para saltar?

Jueves

Retiró el pestillo del baño y salió con el ruido de la cisterna. Llamó a sus hijos ya que Miss Ross vendría a buscarlos a las ocho para llevarlos al colegio. Tenía dos niñas, Robin y Kim, y un niño, Samuel; ellos iban al St. Peter College, ubicado al norte del pueblo.

Después de recoger los retales proporcionados por su marido -recoger su desayuno y cerrar la puerta del balcón- fue a su habitación y tomó de la cómoda una subcarpeta rojo escarlata hasta rebosar de papeles, sonrió. Se peinó de nuevo y tomó las llaves del coche. Su *Megane*blanco seguía aparcado enfrente de su casa, se montó y giró hacia la izquierda; hoy tenía una boda y debía terminar de colocar algunos adornos. La boda se celebraría en Londres y la recepción del cóctel-banquete sería en un hotel

que se alquilaba exclusivamente para bodas. Aquella subcarpeta roja botaba en el asiento del copiloto, era una propuesta de divorcio, que ella presentaría a su marido esa misma tarde, pero antes Molly tendría una reunión con su abogado.

Tomó la A-27 y cogió la tercera salida a Londres pisando el acelerador cada vez con más fuerza. El hotel era antiguo, de paredes empedradas y de aspecto medieval. Margaritas y enredaderas cubrían las paredes, una fuente de piedra se hallaba en el centro de los jardines, varias mesas de aperitivo presidían la zona del convite. Dos jóvenes de treinta y pocos se casarían allí a las doce de la mañana; los recuerdos de su boda muchos años atrás inundaban su mente y se recordaba joven, caminando hacia el altar con su vestido blanco y su velo largo con bordados.

Colocó tiras de margaritas sobre el altar y algunos de los bancos también, abrieron y clavaron la carpa donde se tomarían las fotos con los invitados, en el jardín al lado del hotel. Molly tenía un fuerte dolor de cabeza aquella mañana, ¿sería bueno plantearle de aquella forma a Antoine su divorcio? Decidido, no quería pensarlo más. Recogió los utensilios que utilizó para colgar las cosas y los guardó en una bolsa de *Primark.* Le pidió a su compañera Rhiannon que la sustituyese mientras iba a hacer unos recados a Londres, se besaron las mejillas educadamente y volvió a coger su coche.

Aparcó frente aquellas casas majestuosas y de cuento en Belgravia, se bajó del automóvil. Allí estaba la Fisher Defense& Company, el bufete de abogados que había llevado la defunción del señor Samuels y de casi todos los funerales que Molly había organizado. Robert, un chico de aproximadamente veinticuatro, de cabello negro, ojos marrones, un poco gordito, de mofletes hinchadosy que llevaba una barbita recortada alrededor de la boca, había estado ayudando legal y psicológicamente a Molly.

—Hola Mo, ¿qué tal estás? —preguntó Robert levantándose al instante.

—He tomado ya una decisión, después de la boda iré a la oficina de Antoine y se lo diré —dijo Molly decidida.

—Estupendo, ¿tienes los papeles que te di? Tengo que sellarlos.

Molly le entregó la subcarpeta roja y se sentó en aquellos cómodos sillones negros de piel. Robert tecleó en el ordenador durante uno minutos, imprimió un papel y finalmente puso el sello en los documentos. Firmó los papeles como si lo hiciese todos los días, con una caligrafía impecable.

—¿Cómo está Isolde? —preguntó Molly.

—Bueno, ahora tenemos una nueva inquilina en Woking, su hermana Megan llegó de Barcelona la semana pasada.

—Entiendo… —dijo soltando las sílabas de la palabra.

—Bien, recuerda que es un documento de mutuo acuerdo, si por algún casual él no quiere firmarlo, tendríamos que recurrir a un juicio. Espero que no sea así, me alegro de verte Mo, si quieres podemos quedar un día de estos a tomar algo en casa, Isolde hace una empanada riquísima.

—Bueno… si tengo algún evento cerca de Surrey te lo haré saber… Bristol me queda un poco lejos de aquí —dijo riendo. Se levantó y ambos se dieron la mano con firmeza.

Molly se despidió de Robert y de su secretaria, tomó de nuevo su coche hasta el hotel donde la boda casi iba a empezar.

Jueves, 15:25 h

Caminó con decisión aquella calle ancha y con múltiple tráfico. Aquella agencia de viajes desde fuera parecía una importante *Travelagency*, pero por dentro era cutre y dejaba mucho que desear. La recepcionista, era una señora mayor llamada Theodora. Llevaba numerosas lentejuelas en toda la ropa que llevaba y unos tacones excesivamente altos para su edad y peso.

—¡Cuánto tiempo,Molly! Hacía mucho que no venías por aquí —dijo con un tono curioso y cotilla.

—Estaba cerca y quería pasarme a ver a Antoine, le traigo unos pastelitos.

Ella los había tomado del banquete y había guardado dos en una cestita adornada cutremente con un lazo para hacer el paripé.

—Bueno, no lo he visto en todo el día, seguramente habrá tenido que salir. Si quieres dejarle un recado… —habló mirando la carpeta, examinándola minuciosamente con sus ojos diminutos.

—No, prefiero hablarlo con él… —dijo dirigiendo la vista hacia el compañero de trabajo de Antoine, que parecía mucho menos entrometido en asuntos ajenos.

—Matthew, ¿puedes darle esto a Antoine cuando vuelva? —comentó sin

mirar demasiado a Theodora que intentaba inmiscuirse entre los dos.

—Claro, lo dejaré en su despacho —dijo guiñándole un ojo a Molly como respuesta a que la harpía se quedaría sin conocer el contenido.

Molly salió del edificio y volvió a coger su coche para volver a Petterguiew. Sus hijos estarían deseando que su madre volviese, ya que comer potaje en casa de Miss Ross no era algo que les entusiasmase.

Dentro de la carpeta, Molly había metido una carta en la que redactaba:

Habría sido cruel abandonarme, por eso simplemente te alejaste de mí.

Me engañaste y te perdiste en el vacío. Era más fácil tirarte a esas putas que tener la decencia y el valor de decirme a la cara que no me querías. Lo único que me une a ti son nuestros hijos, por lo demás me dan igual los papeles, la alianza, tu estúpida familia y tu círculo de amigos.

Aquí en Petterguiew no somos nada, como tampoco en ningún lugar de la tierra. Me voy a mudar a Bristol con mis padres y voy a llevarme a los niños, si firmas el mutuo acuerdo podrás verlos cuando quieras. En la propuesta de divorcio también te viene estipulada la pensión alimenticia que te aseguro que será única y exclusivamente para ellos, ya que tengo mi trabajo. Puedes rehacer tu vida o lo que te dé la gana y puedes quedarte con la casa de tu dichoso pueblo. Esto es un adiós definitivo y no voy a volver arrastrándome, ni tampoco quiero que vuelvas tú. Todo esto quedará lo más discreto posible, aunque en esta aldea de mala muerte se enterarán pronto de la ruptura de los Calver.

Espero que seas feliz, ***Molly Lawney.***

Jueves, 04:00 h

Molly se levantó y Antoine no había regresado. Lo llamó por teléfono pero este estaba apagado o fuera de cobertura. Comenzó a dar vueltas alrededor de la cocina, pensando en si él habría visto el documento y habría hecho una locura. ¿Sería capaz Antoine de presentarse en casa,ebrio y descontrolado? Volvió a llamar, pero obtuvo la misma respuesta.

Minutos después, mientras se tomaba un vaso agua, su móvil empezó a sonar y vibrar. Lo cogió rápido y descolgó el teléfono verde de la pantalla táctil.

—¿Dónde coño te has metido? —dijo sorprendiéndose a la misma vez de cómo había contestado.

—¿Es usted la señora Calver? —preguntó una mujer con voz de pito.

—¡Sí! ¿Ahora también sus putitas le cogen el teléfono? —dijo sin miramientos.

—Señora Calver, Antoine ha sufrido… un accidente. Ha… muerto.

La piel de Molly se heló como si no tuviese pulso. Una película de apenas siete segundos se formó en su mente, todos los recuerdos felices con Antoine se le vinieron encima. Sin pensárselo dos veces se subió en el coche con su bata y las zapatillas de andar por casa. Condujo velozmente hasta por el mismo camino que recorrió el día anterior, pero en una curva prolongada a la derecha, un camión alemán con las letras *Schmitz*la chocó y la sacó de la carretera enviándola a la cuneta con un fuerte estruendo.

Una semana después

El funeral había concurrido el domingo, un día de lluvia bastante frío. Los tres niños conmocionados serían trasladados a Bristol,Molly no tenía testamento y la casa aún con hipoteca sería vendida al banco, al igual que el automóvil de Antoine. Este último había hecho su testamento cuatro días antes de su suicidio. En este estipulaba que deseaba ser enterrado en Petterguiew y también que 1300$ se le entregasen a Monique; el resto del dinero (3935$) sería repartido a partes iguales entre las cuentas bancarias de sus tres hijos. Pidió que Molly leyese una carta que había adjuntado a su última voluntad, y así decía:

Hace un año, me levanté soñando que todos habíais muerto, pero lo peor fue descubrir que era yo quién os había matado. Fui a ver al Dr. Rottwall a su consulta, se temió lo peor. Tenía esquizofrenia paranoide. No podía recetarme ningún medicamento. Me dijo que lo único que podía hacer era ir a un psicólogo, o... apartarme de mi familia. Por eso no pasaba tanto tiempo en casa. Las voces me consumían con sus alaridos y propuestas de asesinato. Lo intenté ir a un psicólogo, pero me estaba volviendo completamente loco. Monique, era una prostituta con quien pasaba largas noches, pero simplemente me desahogaba hablando con ella. No quería que mi familia sufriese las consecuencias de esta enfermedad peligrosa. Molly, cariño, no quiero que te sientas culpable de todo esto, gracias por todo, de verdad.

Os quiero con toda mi alma, ***Antoine Calver***